

**DE TÁNGER
AL AMAZONAS**

Jacky Levy

**DE TÁNGER
AL AMAZONAS**

ESDR  **JULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN SÍSTOLE}

Primera edición, noviembre 2025

© Jacobo Levy, 2025

© Esdrújula Ediciones, 2025

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: Daniela Carretero

Maquetación: Noelia Cortés

Impresión: Centro Gráfico

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1550-2025

ISBN: 979-13-991064-8-0

Impreso en España · Printed in Spain

A todos aquellos jóvenes que partieron,

dejando todo por amor a los suyos.

Que su sacrificio siga vivo en la memoria de sus descendientes.

De Tánger
al Amazonas

Los apellidos mencionados en esta obra son comunes entre las comunidades judías de Marruecos y han sido seleccionados de manera completamente aleatoria. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

INTRODUCCIÓN

Mi interés por la emigración de judíos marroquíes a Brasil, y más concretamente a la Amazonia brasileña, ha estado siempre latente en mí.

Mi padre, Elías Levy, nacido en Tánger en 1898, no era hombre de muchas palabras, y menos aún dado a hablar de su infancia o juventud. No obstante, alguna vez que otra le dio por contarnos que eran siete hermanos: tres varones y cuatro mujeres. Sus dos hermanos se embarcaron rumbo a Brasil en 1906. Mojluf tenía 14 años y Salomón apenas 12. Mi padre tenía entonces solo ocho años y, al quedarse en Tánger —donde de hecho falleció en 1976—, se convirtió en el único hijo varón del hogar y asumió la responsabilidad de cuidar de su madre y hermanas.

A medida que fui creciendo, aquella remota evocación familiar se convirtió en un persistente interrogante: ¿qué los llevó a embarcarse en tan arriesgada aventura siendo tan jóvenes? ¿Qué fue de ellos, de sus vidas y andanzas en el otro lado del océano? No fue hasta hace pocos años que, con ayuda de Internet, empecé a atar cabos. Contacté a algunos familiares lejanos que no conocía, leí libros y, entre líneas —aunque

a veces de forma más explícita—, encontré sus nombres. Supe que ambos viajaron invitados por un tío, Fortunato Pinto, que los acogió en Brasil y se convirtió en su tutor. Mojluf, ya en tierras brasileñas, pasó a llamarse Luiz, y Salomón fue conocido como Salomão. Luiz se casó con una nativa de la Amazonía y, al parecer, se estableció allí por siempre. De él, lamentablemente, no he logrado saber mucho más. Ni siquiera los parientes con los que logré hablar sabían más de lo que yo había logrado descubrir.

Salomão, en cambio, dejó más huellas de una vida rica en experiencias. Se casó, tuvo cinco hijos y fue un empresario de éxito. Vivió durante años en distintas partes de la Amazonía, hasta que finalmente se trasladó a Río de Janeiro. Fue entonces cuando mi curiosidad devino en una exigencia. Indagué cuanto pude sobre la emigración de los judíos de Marruecos a la Amazonía brasileña: su organización, sus rutas, sus destinos. Leí los testimonios de algunos de aquellos emigrantes, sus crónicas de viaje, sus aventuras, sus retos.

Esta novela está inspirada en historias reales —o posibles, pero fruto de años de investigación— de aquellos jóvenes que se lanzaron a navegar por los ríos de la Amazonía en pequeños barcos de vapor o canoas, con objeto de comerciar con los pueblos indígenas mediante el trueque, en busca del preciado caucho: un producto muy codiciado por los países desarrollados, especialmente para una industria automovilística en pleno auge. Esta actividad no era para nada sencilla. Implicaba riesgos de distinta índole, tensión emocional y un espíritu aventurero que he intentado reflejar en estas páginas dedicadas a unos jóvenes que dejaron atrás sus familias y su ciudad natal para

sustentar a los suyos y realizar sus sueños de prosperidad, abriéndose camino en un entorno desconocido, a veces hostil, pero también lleno de belleza, de sorpresas y posibilidades.

No se trata de jóvenes y de familias cualesquiera, sino de gente muy contextualizada históricamente, para lo cual me remito a mis orígenes de judío tangerino, con lo que pretendo de pasada homenajear a esta ciudad cuna de mis antepasados y, por supuesto, a la cultura sefardí en la que se han mantenido tan fielmente durante siglos.

Como introducción, y para quienes no conozcan esta dolorosa parte de la historia de España, quiero recordar brevemente lo que supuso la expulsión de los judíos en 1492. Fue una decisión que obligó a abandonar su hogar a miles de personas que llevaban siglos viviendo en la península, probablemente desde mucho antes que quienes firmaron su expulsión. Aquella persecución no solo provocó incontables pérdidas humanas y materiales, sino también renuncias forzadas a su fe, a su cultura y a su identidad. Muchos judíos se vieron obligados a huir con apenas lo que llevaban puesto, sufriendo saqueos y humillaciones a lo largo del camino hacia el exilio. Buscaron refugio en lugares donde esperaban encontrar una vida más segura y digna, como los Países Bajos, Turquía o Grecia. Pero una gran parte de ellos, por cercanía geográfica y vínculos históricos, se dirigió al norte de África, especialmente a Marruecos. Sin embargo, allí también sufrieron maltratos y abusos y, al igual que en España, fueron confinados en barrios conocidos como *mellah* o juderías.

A pesar de las persecuciones y las difíciles condiciones de vida en los *mellah*, estos exiliados lograron poco a poco

adaptarse a ese nuevo entorno. Muchos prosperaron modestamente como vendedores ambulantes o comerciantes de productos como lana, seda, telas, tinta, cera, tabaco, y en actividades como la destilación de vinos y licores. Otros se dedicaron a la pesca e introdujeron la caña de azúcar en Marruecos, lo que llevó al país a convertirse en un importante productor de este cultivo durante los siglos XVI y XVII.

Los judíos españoles recién llegados, conocidos como *megorashim*, no fueron bien recibidos por los judíos nativos de Marruecos, llamados *tochabim*. Estos últimos, empobrecidos tras siglos de dominación árabe y bereber, y con pocas oportunidades de educación y desarrollo profesional, veían a los *megorashim* con recelo por estar mejor preparados técnica y comercialmente. De hecho, pronto asumieron un papel destacado dentro de los *mellah*, lo que en un principio agudizó la rivalidad entre ambos grupos.

En las comunidades norteñas de Tetuán y Tánger, los *tochabim* acabaron siendo asimilados por los descendientes de los *megorashim*, olvidando con el tiempo su origen y hasta refiriéndose despectivamente a sus hermanos del interior como «forasteros», extranjeros con respecto a la comunidad judía de ascendencia española, que por lo demás se expresaba en hake-tía, un dialecto judeoespañol mezcla de elementos de español, portugués, hebreo y árabe dialectal o *dariya*. Tánger, en particular, destacaba como enclave estratégico en el extremo norte de Marruecos. Esta ciudad, bañada por el mar Mediterráneo en su zona central y por el océano Atlántico al oeste, estaba situada en un punto clave del estrecho de Gibraltar, a solo catorce kilómetros de la península ibérica. Esa privilegiada ubicación geográfica la tenía convertida desde la más remota

antigüedad en objeto de sucesivas conquistas y ocupaciones por parte de fenicios, griegos, romanos, vándalos, bizantinos, visigodos y portugueses, que dejaron allí su huella hasta ser islamizada con la llegada de los árabes, que expandieron su dominio por todo el norte de África.

Durante tres siglos, los judíos, aunque relegados a la condición de ciudadanos de segunda clase, llevaron una vida medianamente tranquila. Se les permitía practicar su religión y preservar sus costumbres, aunque siempre bajo el temor de esporádicos brotes de violencia acompañados del saqueo de sus bienes y viviendas. A principios del siglo XIX, los judíos de Tánger habían prosperado y vivían con relativa comodidad, llegando a representar una cuarta parte de la población, con más de diez mil almas. Su cercanía a Europa confería a la ciudad unas características propias, de modo que los judíos más acomodados habían abandonado sus prendas tradicionales, como la *yoha*, el *zaragüel* y el gorro de paño negro para adoptar la indumentaria europea. Vestían trajes de chaqueta y, a simple vista, apenas se distinguían de los europeos por su apariencia y comportamiento. Orgullosos de que su ciudad no contara con un barrio judío segregado, y de que los habitantes convivieran, por así decirlo, puerta con puerta, proyectaban una imagen de lo que podía ser la vida en Marruecos bajo una mayor influencia europea.

Cabe señalar que existían diferencias significativas dentro de la población judía de Tánger. Por un lado estaba la clase más acomodada y europeizada, menos seguidora de las costumbres religiosas aunque lideraba la Junta de la comunidad, y por otro lado estaban los judíos más religiosos, cuyas vidas giraban en torno a la Torá y a las tradiciones heredadas

de sus antepasados. Estos últimos miraban con desdén a aquellos que se alejaban de la fe, recordando los sacrificios y sufrimientos que sus predecesores habían afrontado, incluso arriesgando la vida, para proteger y mantener sus creencias. A pesar de estas diferencias, la Junta se encargaba de atender las necesidades de toda la comunidad y contribuía económicamente para cubrir carencias y garantizar el bienestar colectivo.

En aquella época, la comunidad estaba sujeta a la ley de la *Dhimmi*, que imponía el pago de un impuesto conocido como *djizia*. Este gravamen, aplicado a los no musulmanes como condición para residir en un país islámico, se volvía cada vez más oneroso, aumentando de manera constante año tras año. No obstante, gracias a los esfuerzos de los líderes de la Junta, la comunidad lograba reunir la cantidad exigida. La entrega del impuesto estaba a cargo de un representante de alto rango conocido como el *Sheikh-el-Yehud*, quien actuaba como intermediario entre la comunidad y las autoridades. El gran rabino, figura central de la comunidad, era el responsable de presentar al *basha* tanto el pago de la *djizia* como los regalos protocolarios requeridos. Este acto protocolario conllevaba una humillación simbólica: el gran rabino debía aceptar una bofetada en el rostro propinada por el *basha*. Esta ceremonia, aunque degradante, era tenida como un mal necesario, una formalidad para garantizar la protección y estabilidad de la comunidad en un entorno hostil.

El 8 de agosto de 1844, seis fragatas francesas bajo el mando del príncipe de Joinville arribaron al puerto de Tánger exigiendo que la ciudad le fuera entregada para su administración, ello

a raíz de que el sultán Abderrahmán acogiera el año anterior en territorio marroquí al líder independentista argelino Abd al-Qádir. El *naib*, o gobernador de la ciudad se negó a entregarla, a pesar de la amenaza que suponía para sus ciudadanos, por lo que Joinville ordenó bombardear la ciudad ante la incredulidad y horror de sus habitantes. Por suerte, ningún miembro de la comunidad judía resultó herido, lo que fue considerado un milagro por los judíos locales, que lo atribuyeron a la intervención del Todopoderoso.

En aquellos años, la educación se basaba principalmente en el estudio de la Torá y en los rezos. Para los más mayores, existía la *Yeshivá*, una escuela talmúdica donde los estudiantes se preparaban para el rabinato, centrándose en los estudios religiosos. En 1862 en Tetuán y posteriormente en 1869 en Tánger, se establecieron por primera vez las escuelas de la AIU (Alianza Israelita Universal), promovidas y financiadas principalmente por Francia e Inglaterra a través de figuras como Moses Montefiore, Salomon Munk y Adolphe Crémieux. El objetivo de estas escuelas era mejorar el nivel cultural y la enseñanza de la lengua francesa entre los judíos marroquíes, así como prepararlos para combatir de manera más eficaz el grave problema de la pobreza que se hacía más patente con el paso del tiempo. Fueron años muy duros, marcados por la hambruna y las epidemias, además de las plagas traídas por los peregrinos musulmanes a su regreso de La Meca. Tánger se llenaba cada vez más de ciudadanos provenientes de otras ciudades de Marruecos, en busca de una vida mejor y de nuevas oportunidades. La ciudad, que alguna vez gozó de fama por su bonanza y bienestar, ya solo era un reflejo de lo que

había sido. La comunidad judía luchaba por subsistir gracias a los donativos que lograba recaudar la Junta y se destinaban casi en su totalidad a mitigar las penurias que sufrían sus correligionarios.

La escuela de la AIU comenzó a promover la emigración de los jóvenes hacia países sudamericanos como Argentina, Brasil y Venezuela, con el fin de que pudieran encontrar un futuro mejor y, de esa forma, ayudar a sus familias. Pronto, aquellos jóvenes formados en la Alianza comenzaron a emigrar en mayor número, a veces a partir de los trece años, cuando apenas habían alcanzado la mayoría de edad o celebrado su *Bar Mitzvá*. Las epidemias generalizadas en todo el país, junto con la extrema pobreza, convirtieron Tánger en una plaza vulnerable y desprotegida debido a la emigración masiva de súbditos provenientes de ciudades como Tetuán, Fez, Mequinez o Marrakech. El invierno de 1867-68 fue especialmente duro para la población, con epidemias sucesivas que, junto con las citadas hambrunas, sumieron la ciudad en un caos total, agravado por la escasez de medicinas. El panorama llegó a ser dantesco, con las calles atestadas de gente durmiendo al raso, muchas de ellas mendigando o pidiendo ayuda ante las puertas de las casas, lo que perturbaba el desenvolvimiento de la vida cotidiana. Las sociedades caritativas, en su intento de asistir a los más necesitados, repartían pan y ofrecían lo que podían, pero la magnitud de la crisis superaba cualquier esfuerzo. A menudo, favorecían a los habitantes locales debido a la falta de recursos para atender a quienes acudían desde otras regiones en busca de ayuda. A pesar de los esfuerzos de los más acomodados por mitigar la situación, la crisis se volvía

cada vez más incontrolable, dejando la ciudad sumida en una situación que se mantuvo hasta principios del siglo XX.